

El fuego sobre el monte



Por: Mons. Victorino GIRARDI, m.c.c.j., obispo emérito de Tilarán-Liberia

No es pretensión afirmar que llevo años conviviendo con san Daniel Comboni, no me lo impide la lejanía en el tiempo (murió en 1881). Sigo frecuentando muchos de sus escritos, cada día lo invoco pidiendo su intercesión y siento que, cuanto más lo frecuento, más se agiganta su persona en mí.

1. Comboni era un hombre complejo. En donde se encontraba era imposible que pasara desapercibido, simplemente se imponía. Ha sido un hombre que llegó a Dios, a la santidad heroica, sin dejar su mundo, sin imponerse mortificaciones extraordinarias, pero aceptando todas las que la fidelidad a su vocación misionera le exigían, y fueron tantas que lo llevaron muy pronto a la muerte. De dificultad excepcional han sido sus siete viajes de ida y vuelta a África Central. He aquí un ejemplo que él mismo describe y que es parte de su último viaje, rumbo a Jartum, capital de su inmenso vicariato apostólico.

«El 17 de marzo –escribe–, por la tarde entramos en el espantoso desierto, yendo a marchas forzadas y sustituyendo los camellos que caían y morían con los diez de repuesto que llevaba conmigo. El desierto estaba lleno de cadáveres de camellos y de mercancías abandonadas sobre la arena. No te puedo decir (escribe a una ex esclava negra que había entrado en la vida consagrada) lo que sufrimos entonces con la sed (el agua que llevábamos

pronto se había corrompido), por los 60 grados de calor y el cansancio. Yo sería incapaz de sufrir la centésima parte por convertirme en el mayor rey de la tierra, pero se trataba de salvar a África, de ganar a los africanos para Cristo, y nosotros consideramos nuestros padecimientos cosa de nada, muy poca cosa: incluso recibir cien veces



Daniel Comboni acompañado por amigos y bienhechores

en martirio la muerte es una insignificancia, para el alto fin de salvar África.

»Después de 13 días de desierto, viajando sobre las ardientes arenas 17 horas al día, llegamos a Berber y desde ahí, tras bautizar algunos africanos adultos convertidos, arreglar matrimonios de parejas en unión libre, confirmar y dejar instaladas a las hermanas misioneras, partí para Jartum».

2. Comboni acaba de decírnoslo: la razón de tanta entrega es la urgencia de la misión africana, es su «pasión» por la salvación de los africanos. En sus escritos, Comboni vuelve con reiterada insistencia a recordar que «Cristo ha muerto también por los africanos»; que «el Sagrado Corazón de Jesús palpitó también por los pueblos negros de África Central»; y que «el Buen Pastor quiere en su redil también a los negros...».

Sin embargo, para comprender el misterio de gracia y de martirio que es Comboni, hay que ir más a fondo. Si África es como él la llama «su esposa», si él se declara «padre de los negros», si entrando como obispo en Jartum, dirigiéndose a sus fieles exclama «soy suyo para siempre», debe haber una fuerza que ha ido unificando a toda su personalidad y que le ha sostenido a lo largo de su breve e intensísima vida misionera.

Es del todo patente: esta fuerza le viene de la experiencia del Corazón traspasado de Cristo, Buen Pastor. Hay que encontrar a Comboni entre aquellos que mirarán al que traspasaron (cf Jn 19,37) y teniendo fijos los ojos en Jesús (Heb 12,2). Parafraseando una expresión del papa emérito Benedicto XVI decimos: «no se empieza a ser misionero por una gran idea o por una decisión ética, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona que da un nuevo horizonte a la vida y con ello una orientación definitiva» (cf *Deus caritas est* 1).

El encuentro personal con Cristo, Buen Pastor, y con su corazón abierto ha sido el momento decisivo en el camino vocacional de Comboni. Él descubrió y se conmovió íntimamente, experimentando que había sido amado y conquistado por Cristo, con un amor sin límites, realmente «exagerado» (cf Jn 13,1). Lo supo expresar con una afirmación que, personalmente considero la verdadera clave de lectura de la entera existencia misionera de nuestro fundador: «cuando contem-



«Comboni considera a sus misioneros como "hijos del amor de Jesús"»

plo aquel Fuego que se encendió en la ladera del monte Calvario me sobran argumentos para lanzarme a las obras más exigentes y atrevidas... Mil vidas daría por la salvación de África».

3. De los 17 años hasta los 50, a la edad que muere, Comboni va experimentado que Cristo, quien le muestra su corazón abierto y sediento de la salvación de todos, va «creciendo» en él y va tomando posesión de su persona. Él puede repetir con san Ignacio de Antioquía: «¡Mi Amor está crucificado!». Y si san Juan Crisóstomo escribió: «el corazón de Pablo es el corazón de Cristo», podemos afirmar: «el corazón de Comboni es el corazón de Cristo».

Para nuestro Fundador, la devoción al Corazón de Jesús, Buen Pastor, no es una devoción al lado de otras, sino, que para él contemplar al corazón traspasado de Jesús es «hacerse» con la síntesis más lograda de nuestra fe cristiana. Todo tiene su origen en el corazón de Cristo. Y Él mismo es el punto de convergencia de todo. Él es el símbolo o icono de la afirmación definitiva de la revelación: «Dios es amor» (1Jn 4,8).

Es plenamente comprensible entonces que Comboni considera a sus misioneros como «hijos del amor de Jesús» (*Regla* de 1872) y que la actitud que los debe distinguir y definir sea la de tener siempre fijos los ojos en Jesucristo, amándolo tiernamente y renovándole frecuentemente el ofrecimiento de sí mismos, dispuestos a dar la vida por Él. 🔔